



Dignidad

La dignidad se asimila al *thymós* griego, esa parte del alma que sirve de soporte tanto a la rabia como al orgullo.

Lo primero lo siente alguien a quien se le niega la voz, se ignora o se le coarta su identidad; lo segundo, aquel a quien se le reconoce su valor como ser humano. **No basta con la valía que el hombre se da a sí mismo si al tiempo no es reconocido por los otros como una persona con ideas, atributos y opiniones propias.**

FUTURO EN TRÁNSITO

La Comisión de la Verdad invitó a 39 autores a participar en Futuro en tránsito, un proyecto que plantea la necesidad de reflexionar sobre la relación que hemos tenido con el conflicto, para generar una nueva narrativa que nos permita encontrar matices para acercarnos y comprendernos.



Apoya:



DIGNIDAD

FUTURO  EN TRÁNSITO

D I G

Juan David Correa

N I D

Brigitte Baptiste

A D

Patricia Nieto

FUTURO  EN TRÁNSITO

Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición

Comisionados

Francisco José De Roux Rengifo, *presidente*
Alejandro Castillejo Cuellar
Saúl Franco Agudelo
Lucía González Duque
Carlos Martín Beristain
Alejandra Miller Restrepo
Alfredo Molano Bravo (q.e.p.d.)
Carlos Ospina Galvis
Leyner Palacios Asprilla
Marta Ruiz Naranjo
María Ángela Salazar Murillo (q.e.p.d.)
Patricia Tobón Yagari
Alejandro Valencia Villa

Secretario general

Mauricio Katz García

Directores

Gerson Arias Ortiz, *director para el diálogo social*
Tania Rodríguez Triana, *directora de territorios*
Sonia Londoño Niño, *directora de pueblos étnicos*
Diana Britto, *directora de conocimiento*
Juan Carlos Ortega, *director administrativo y financiero*

Oficina de cooperación internacional y alianzas

María Paula Prada Ramírez

Oficina de comunicaciones

Ricardo Corredor Cure

Futuro en tránsito

Dirección general: Alonso Sánchez Baute

Coordinación editorial: John Naranjo

Dirección de arte: Raúl Zea

Editores: Rodolfo Quintero Romero - Valentín Ortiz

Equipo de diseño: Juliana Salazar - Guido Delgado

Corrección de estilo: Andrés López - Alberto Domínguez

Mesa técnica

Paula Arenas Canal

Tiziana Arévalo Rodríguez

John Naranjo

Alonso Sánchez Baute

Dignidad

JUAN DAVID **CORREA**

BRIGITTE **BAPTISTE**

PATRICIA **NIETO**

Dignidad

© 2020 Juan David Correa

© 2020 Brigitte Baptiste

© 2020 Patricia Nieto

Esta publicación contó con el apoyo de la Unión Europea.

Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición

Francisco José De Roux Rengifo, presidente

Delegación de la Unión Europea en Colombia

Patricia Llombart Cussac, embajadora de la Unión Europea (UE) en Colombia

Red Nacional de Programas Regionales de Desarrollo y Paz — Redprodepaz

Fernando Augusto Sarmiento Santander, director

Las opiniones expresadas en este libro son de exclusiva responsabilidad de los autores y no necesariamente representan la opinión de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición o de los aportantes del proyecto.

ISBN COLECCIÓN FUTURO EN TRÁNSITO 978-958-5586-32-1

ISBN VOLUMEN: DIGNIDAD 978-958-5586-36-9

© COMISIÓN DE LA VERDAD / REY NARANJO EDITORES 2020

Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial en cualquier medio, sin permiso escrito de los titulares del copyright.

EL ACONTECIMIENTO DE LA VERDAD

Francisco De Roux

Presidente de la Comisión de la Verdad

UNA DE LAS PREGUNTAS CENTRALES DE LA COMISIÓN de la Verdad tiene que ver con la no repetición. De hecho, en nuestro nombre completo, estas dos palabras están incorporadas desde el inicio: Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición.

Y aunque también es parte central de nuestro trabajo la investigación histórica para desarrollar nuevas comprensiones de nuestro conflicto armado, la razón de ser de ese trabajo de esclarecimiento adquiere una dimensión más honda en la medida que sirva de base para no repetir la tragedia y así avanzar hacia un país en el que se transformen las causas que generaron la violencia.

Estamos convencidos de que solo si logramos reconocer las verdades de nuestro pasado de forma abierta y plural, podremos transitar a un futuro en donde las armas no sean una herramienta para fines políticos, económicos o de ningún tipo.

Desde este punto de vista, asumimos el trabajo de esclarecimiento como un acontecimiento, como un *happening*, en donde todos los colombianos y colombianas, desde diferentes lugares y perspectivas, teniendo como faro ético el dolor de las nueve millones de víctimas, deponemos miedos, prejuicios, posiciones de poder en intereses egoístas para permitir que la verdad se abra paso entre nosotros. Como podrán imaginar, no es un proceso fácil, pero seguimos empeñados en propiciar todos los espacios y estrategias posibles para que en una suerte de *in crescendo* constante, entre la verdad en la vida pública de los colombianos desde lo cotidiano, crezca nuestra consciencia colectiva para no tolerar más lo intolerable y nos sobrecoja una conmoción positiva que nos haga pensar en un futuro en paz.

Es en el respeto de las diferencias que lograremos el futuro compartido. Estos ensayos que conforman el proyecto Futuro en tránsito, con miradas y provocaciones intelectuales diversas, nos ayudarán a profundizar en las reflexiones que tenemos que hacer como ciudadanos, planteándonos preguntas difíciles y dilemas morales que nos interpelen en un país que dejó que la guerra generara cuatro millones de desplazados, doscientos veinte mil muertos, así como miles y miles de desaparecidos y refugiados.

Confiamos en que el diálogo que se inspira en estas lecturas nos ayudará a construir desde la búsqueda de la verdad el futuro en paz y dignidad humana que se merecen las futuras generaciones de colombianos y colombianas.

PRÓLOGO

LO SORPRENDENTE Y EXCLUSIVO DEL SER HUMANO es su capacidad de hacerse a sí mismo, de ser quien quiere ser, de poder elegir el camino hacia su propia libertad.

Su valor intrínseco está ligado a la capacidad de soñar y de poder transformarse en alguien cada vez mejor o, al menos, parafraseando a aquel personaje de Pedro Almodóvar, «en parecerse cada vez más a lo que ha soñado de sí mismo». La libertad hace digno al hombre porque le da esa opción de decidir quién y cómo quiere ser.

Las razones que motivan al hombre sobrepasan lo económico. La dignidad se asimila al *thymós* griego, esa parte del alma que sirve de soporte tanto a la rabia como al orgullo. Lo primero lo siente alguien a quien se le niega la voz, se ignora o se le coarta su identidad; lo segundo, aquel a quien se le reconoce su valor como ser humano. No basta con la valía que el hombre se da a sí mismo si al tiempo no es reconocido por los otros como una persona con ideas, atributos y opiniones propias.

Lo que da sentido a la dignidad es la tolerancia, es decir, el reconocimiento y el respeto en igualdad de condiciones que a los demás. Esa dignidad se exige en lo individual, pero también cuando un grupo social ha sido irrespetado o humillado.

La Comisión de la Verdad invitó a 39 autores a participar en este proyecto, llamado Futuro en tránsito, que plantea la necesidad de reflexionar sobre la relación que hemos tenido con el conflicto armado interno, para generar una nueva narrativa que nos permita encontrar matices para acercarnos y comprendernos. A cada uno de ellos se le pidió escribir un texto desde su visión y experiencia particular sobre una palabra específica de 13 que son fundamentales para desentrañar y comprender la problemática actual del país.

A través de diversas labores y disciplinas, Futuro en tránsito recurrió a la pluralidad discursiva expresada en la inclusión de la mayor multiplicidad de voces. El espíritu de cada uno de estos textos es generar un diálogo que dé luces, provoque, estimule el pensamiento crítico y lleve a la reflexión individual y al debate público para entendernos mejor como sociedad, nos ayude a avanzar en este complejo proceso de superar nuestro pasado y presente de violencia y construir ciudadanía.

En este caso, se invitó al escritor y editor Juan David Correa, quien sostiene que debemos contar con las condiciones sociales suficientes para desarrollar nuestras

posibilidades vitales; a la rectora de la Universidad EAN, Brigitte Baptiste, quien aboga por la restitución de la dignidad como un acto indispensable para el reencuentro; y a la periodista Patricia Nieto, quien nos muestra, en medio de los destellos del horror, la gallardía de quienes ostentan una dignidad inquebrantable.

Alonso Sánchez Baute

Director del proyecto



JUAN DAVID CORREA

La posibilidad de imaginar que soy otro (o la inalienable dignidad de contar)

«Te metieron en una bolsa negra
y te llevaron al monte
yo por entre los matorrales los seguí
Los hombres decían chistes
cavaban y reían
Cuando las cosas empezaron a calmar
fuimos al monte y te trajimos a la casa
para que no te sintieras solo, hermano

Ahora estás en el solar
A tu lado sembramos un ciruelo,
el que da las frutas que tanto te gustan
y todos los días lo regamos con agua
y con lágrimas».

Conversación a oscuras

HORACIO BENAVIDES

EL AMANECER DEL 14 DE NOVIEMBRE DE 1985 FUE EL MÁS funesto de cuantos recuerde el doctor Juan Antonio Gaitán. Su cuerpo estaba sumergido hasta la mitad del abdomen. Los ojos le ardían. Flotaba en medio de un océano de lodo que le cuarteaba la piel a medida que el sol calentaba. La víspera se había quedado con el brazo de su padre pendiente de su mano al intentar jalarlo cuando llegó la avalancha causada por la erupción del volcán Nevado del Ruiz y la consecuente ola de lava, barro, piedras y agua canalizada a través del río Lagunilla, a eso de las once de la noche. En ese momento ya imaginaba que no iba a volver a ver ni a su pueblo, Armero, ni mucho menos a sus padres, ni a su esposa, embarazada de ocho meses, con quien había llegado allí apenas dos días antes del doloroso 13 de noviembre de 1985.

Sin nada más que los recuerdos, con un tronco de un diámetro de unos cinco centímetros atravesándole las costillas

y el abdomen, pensaba en dónde estaría Marion, su esposa, sus padres y la gente que quería. De repente vio a lo lejos a otros seres vivos como él, transfigurados, sollozando por el dolor y la pérdida.

La tragedia de Armero arrasó para siempre con la vida de personas como el doctor Gaitán, así como la de mi madre y mi familia. Al igual que la esposa, el hijo y los padres del doctor Gaitán, mis abuelos quedaron sepultados. Jamás supimos cuál fue su destino aquella noche. Lo que sí supimos fue que allí comenzaría una larga historia de injusticia con miles de habitantes que quedaron desprovistos de todo y a su suerte. Yo tenía diez años y fue, quizá, la primera vez que tomé consciencia de la desigualdad de este país. La sociedad que me crio, acostumbraba a ver la muerte violenta o las catástrofes como algo «natural». Crecí en medio de gente naturalmente insensible.

La dignidad de mi madre y la de miles de armeritas que tuvieron que continuar con su vida después de haberse quedado sin lugar —real e imaginario—, sin geografía, sin cuerpos que enterrar y, otras veces, como en el caso de la amiga de infancia de mi madre, con dudas ominosas sobre si sus hijas vivían al haber sido robadas —como la suerte de centenas de niños dados en adopción inmediata tras la tragedia— o habían quedado sepultadas bajo el barro, solo fue posible de entender para mí cuando me interesé en sus vidas y relatos.

Conocí la historia del doctor Gaitán veinticinco años después de haber perdido a mis abuelos. Durante diez años había intentado escribir una novela que contara aquella noche infame. Cada vez que me sentaba ante el teclado e intentaba imaginar las últimas horas de mis abuelos algo me detenía. Era como si la ficción no tuviera lugar, como si no fuera posible inventar una historia tan real como dolorosa, y que no admitía más que sus propios acontecimientos. Al escuchar la historia del doctor, Armero fue erigiéndose como la constancia de que mi historia personal y la de mi familia estarían atadas a la violencia de un país indolente y al recuerdo de una tragedia que se actualiza, año tras año.

Tras veinticinco años de tener mi memoria enlodada, me di a la tarea de pensar cómo podría reivindicar todas las vidas de un pueblo perdido gracias a la inoperancia estatal.

Yo soy otros

«Fueron veintidós, dice la crónica.

Diecisiete varones, tres mujeres,
dos niños de miradas alheladas,
sesenta y tres disparos, cuatro credos,
tres maldiciones hondas, apagadas,
cuarenta y cuatro pies con sus zapatos,
cuarenta y cuatro manos desarmadas,

un solo miedo, un odio que crepita,
y un millar de silencios extendiendo
sus vendas sobre el alma mutilada».

Cuestión de estadísticas

PIEDAD BONNETT

No sé si exagero al decir que, entre los diez y los trece años, no quise volver a leer ningún libro. Mi abuelo, don Luis Ulloa, tenía una enorme biblioteca en donde jugaba con sus libros y una máquina de escribir marca Remington de los años cincuenta, aquella que usaba cuando llegó a ejercer de abogado a esa población del Tolima. A pesar de que el recuerdo de no haberme acercado a los libros es nebuloso, puedo decir que cuando abrí algunos, a finales de los años ochenta y comienzos de los noventa del siglo xx, descubrí un mecanismo que de ahí en adelante iba a serme útil para entender mi destino. Esos libros contaban historias como las de un muchacho pistolero asesinado en Medellín a finales de los años ochenta después de participar de una película y su triste estela de crímenes, me hablaban de muchachos inseguros ensoñando con criaturas góticas en la Cali de los años setenta, de aventureros perdidos en la selva por la fiebre de buscar fortuna, me daban noticias de colombianos que se habían ido a Estados Unidos atravesando la frontera mexicana en condiciones deplorables.

Leyendo supe que la imaginación moral era la capacidad de ponerme en los zapatos de otros —imaginarios o reales, poco importa— y que, gracias a la mimesis, podría imaginar a esos otros seres vivientes; entendí que no estaba solo y que la tragedia que atravesábamos hacía parte de un continuo.

Las palabras y los símbolos han sido los encargados de haberle dado un lugar a los abusos, violencias, víctimas, ofensas y, en definitiva, cualquier manera de vulnerar el alma humana y la naturaleza. Aunque las palabras no alcanzan para dar cuenta del horror de las víctimas sí le dan un lugar simbólico. Este ejercicio es, creo yo, una restitución de la dignidad. Entiendo a aquellos que insisten en que la realidad de Colombia ha sido mucho más dura y los símbolos activan posibilidades solo en sectores urbanos, pues las víctimas necesitan el compromiso de la sociedad en reparar un daño que se les hizo.

Me permito dudar de esas versiones unívocas: Colombia no sería la misma sin las voces de miles de anónimos violentados que atraviesan las páginas de los reportajes, crónicas, novelas y poemas de Meira Delmar, Albalucía Ángel, Patricia Lara, Piedad Bonnett, Fanny Buitrago, Laura Restrepo, Eduardo Zalamea Borda, Gabriel García Márquez, Álvaro Mutis, Juan Manuel Roca, Arturo Echeverri Mejía, Evelio Rosero, Tomás González, Miguel Torres, Alfredo Molano, Tulio Bayer, Juan Cárdenas, Juan Gabriel Vásquez, Carolina Sanín, Andrea Cote... En sus páginas, y en las de miles de

otros, las víctimas han encontrado un lugar; pueden reconocerse en personajes imaginarios o reales que han dado su testimonio sobre la desolación.

Fue entonces en 2009 cuando decidí abandonar la idea de escribir una ficción y enfrentar la tarea de documentar todo lo sucedido aquella trágica noche. Así nació el libro llamado *El barro y el silencio*.

Los otros que también somos

«Desde las alcantarillas
sicarios que se saben
cobradores de viejos
errores
asedian la ciudad.

Avanzan,
a pesar de los susurros
detrás de las persianas.

Al otro lado de la calle
alguien cae».

Al otro lado de la calle

LIANA MEJÍA

Ocho días antes de la tragedia de Armero, un comando del M-19 se tomó por asalto el Palacio de Justicia, ubicado en la plaza de Bolívar de Bogotá. Helena Urán tenía diez años. La mañana del 6 de noviembre se había ido al colegio despidiéndose de su padre, Carlos Horacio Urán, para siempre. Los hechos del Palacio son conocidos por muchos: a una decisión infame como tomarse por asalto un edificio mediante el uso de la violencia, vino una reacción indiscriminada por parte del Estado. Durante veintisiete horas, el vacío de poder fue evidente y la mayoría de las decisiones sobre el delicado manejo de la situación la tomaron los militares al mando del Plan Tricolor 83.

Hoy Helena tiene cuarenta y cinco años y desde ese día, al igual que muchos otros, ha defendido su dignidad y la de su familia. Su padre fue sacado vivo del Palacio de Justicia y unas horas después fue devuelto, para hacerlo pasar como muerto en el cruce de disparos entre el ejército y la guerrilla: murió, según se comprobó, a las afueras del Palacio ajusticiado por el ejército colombiano —según un fallo de la Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) en 2014—. La suya ha sido una historia de treinta y cinco años buscando restituir la dignidad de un cuerpo despojado de su condición sagrada: varias horas desaparecido, tres veces exhumado en treinta y cinco años.

La familia de Helena Urán fue humillada y repetidamente amenazada hasta que decidieron, madre e hijas, tratar de

establecerse en otros países del mundo. Durante muchos años Helena intentó hallar la manera de darle un lugar a ese dolor que no cesaba. «Cuando identificamos nuestra propia fragilidad en la vulnerabilidad del otro, cuando un ataque o humillación a otro no nos es indiferente, sino que percibimos el dolor del otro como propio, aparece una conexión entre todos como seres humanos. Quizás es en esos momentos en los que el ser humano crece y refuerza la dignidad», dice Helena. Treinta y tres años después decidió hacer algo que ya habían hecho cientos de víctimas de la violencia o el despojo: contar. Se sentó a escribir un libro para ordenar una serie de recuerdos dolorosos y a través del recuento comenzó a entender que, así como la justicia se había demorado en reconocer el ominoso asesinato de su padre, no bastaba con un fallo, había que darle un lugar simbólico al horror.

Contar no alcanza, pero siempre sirve

«Esta casa de espesas paredes coloniales
y un patio de azuleos muy decimonónico
hace varios siglos que se viene abajo.
Como si nada las personas van y vienen
por las habitaciones en ruina,
hacen el amor, bailan, escriben cartas.

A menudo silban balas o es tal vez el viento
que silba a través del techo desfondado.
En esta casa los vivos duermen con los muertos,
imitan sus costumbres, repiten sus gestos
y cuando cantan, cantan sus fracasos.

Todo es ruina en esta casa,
están en ruina el abrazo y la música,
el destino, cada mañana, la risa son ruina;
las lágrimas, el silencio, los sueños.

Las ventanas muestran paisajes destruidos,
carne y ceniza se confunden en las caras,
en las bocas las palabras se revuelven con miedo.
En esta casa todos estamos enterrados vivos».

La patria

MARÍA MERCEDES CARRANZA

Primo Levi, escritor italiano que pasó diez meses en el campo de concentración de Auschwitz Monowitz, repetía una y otra vez que las palabras eran insuficientes para nombrar el dolor que había padecido: la tortura y el asesinato de sus semejantes en condiciones oprobiosas: gaseados, encerrados, vejados. Escribió un libro brutal llamado *Si esto es un hombre* para responderse preguntas terribles —¿Por qué el

hombre es capaz de humillar a sus semejantes hasta convertirlos en despojos?—. Su accidental *Trilogía de Auschwitz*, fue el proyecto de una vida tratando de recuperar la dignidad perdida en los años cuarenta del siglo xx. La dignidad de un pueblo que fue profanado por un Gobierno y un poder totalitario que exterminó a seis millones de personas. Levi nos legó esas historias, pero jamás pudo sobreponerse a la idea de no poder dar cuenta del horror vivido y a una crónica depresión que sufría desde entonces: se suicidó en Roma en 1987.

Quizás las historias sean capaces de restituir la dignidad viviente porque le dan un espacio simbólico a nuestra experiencia, pero, como ya lo he dicho, no es suficiente. A esa distancia entre lo simbólico y lo práctico es a lo que apuntaba Levi. Hay un territorio que no puede colmarse jamás, pero sin esa posibilidad de imaginar moralmente al otro, sin la capacidad de mimesis, como decía René Girard, tampoco sería posible acceder a una sensibilidad profanada.

A través de las palabras y de las historias de otros podemos reconocer que nuestro dolor es legítimo, pero que quizás no es único. Diana López Zuleta también tenía diez años cuando asesinaron a su padre en Barrancas, La Guajira. Desde que tuvo consciencia de las dimensiones de lo ocurrido supo que debía escribir la historia de la ignominia a la cual fue sometida por Juan Francisco

«Kico» Gómez, exgobernador de La Guajira quien, para la época del asesinato, en 1997, era alcalde del municipio de Barrancas, ubicado al sur del departamento. «Los asesinos de mi padre me impregnaron de miedo, desesperanza, frustración, dolor, pero lo único que no me quitaron fue la dignidad. De hecho, la dignidad es parte de mi carácter para afrontar las batallas y luchar contra la alienación de las ideas».

Lo que no borró el desierto es un poderoso documento en el cual Diana viaja a su infancia, restituye la dignidad de su padre vivo e investiga con pericia los móviles que tuvo Gómez para mandar a asesinarlo: «La dignidad está presente en todos los ámbitos de mi vida: mi escritura, posiciones políticas y la manera de relacionarme con otras personas; se manifiesta a través de mi resistencia constante a las injusticias y en la manera en que mis convicciones están por encima de cualquier obstáculo».

En eso coincide Helena Urán: «Ese reconocer es muy importante para que las personas que han sufrido sientan que importan y sus vidas no son superfluas. Sobre esa base será más fácil para estas personas/comunidades pararse nuevamente, recuperar la autoestima, negarse a ser un objeto pasivo para pasar a ser uno activo que reclama, que no se resigna, que exige y levanta la voz por sí mismo y por los demás. Es importante acompañar y rechazar en colectivo el acto que ha humillado a la persona violentada».

Las palabras cierran heridas, a pesar de todo

«Al borde del camino, los dos cuerpos
uno junto al otro,
desde lejos parecen amarse.

Un hombre y una muchacha, delgadas
formas cálidas
tendidas en la hierba devorándose.

Estrechamente enlazando sus cinturas
aquellos brazos jóvenes,
se piensa: soñarán entregadas sus dos bocas,
sus silencios, sus manos, sus miradas.

Mas no hay beso, sino el viento,
sino el aire
seco del verano sin movimiento.

Uno junto del otro están caídos,
muertos,
al borde del camino, los dos cuerpos.

Debieron ser esbeltas sus dos sombras
de languidez
adorándose en la tarde.

Y debieron ser terribles sus dos rostros
frente a las
amenazas y los relámpagos.
Son cuerpos que son piedra, que son nada,
son cuerpos de mentira, mutilados,
de su suerte ignorantes, de su muerte,
y ahora, ya de cerca contemplados,
ocasión de voraces negras aves».

Llanura de Tuluá

FERNANDO CHARRY LARA

El doctor Juan Antonio Gaitán consiguió sobrevivir quince horas flotando en el lodo. Al ser rescatado, padeció durante años la idea de que algo hubiera podido hacerse para que Armero no desapareciera del mapa y, con los años, se haya convertido en una ruina sobre la cual el Estado nunca edificó un lugar para la memoria. Como mi madre, como miles de damnificados de esa tragedia, las preguntas jamás tuvieron respuesta. En el medio nos quedó la historia que podemos contar. Es evidente que la dignidad no se devuelve con las palabras, que, como dice la filósofa Laura Quintana, se trata de sentir que mi vida vale igual que otras vidas, que cuento con las condiciones sociales para poder desarrollar como otros mis posibilidades vitales y capacidades. «Esto último implica reconocer también la fragilidad de los cuerpos, su

codependencia, su necesidad de marcos de cuidado común, que les permitan condiciones de existencia básica (salud, educación, vivienda), sin las cuales una vida no puede florecer. En este sentido, me parece útil la manera en que ciertos movimientos sociales igualitarios han vinculado la idea de vida digna con formas de buen vivir, desde las cuales resulta crucial reconocer que los sujetos pueden intervenir localmente sobre condiciones que les afectan y contar con condiciones de existencia que les permiten desplegar sus capacidades. La educación en la dignidad pienso que solo puede darse en este marco de cuidado que reconocen los derechos sociales».

Los relatos están allí para que podamos acceder a una experiencia más amplia. Como dice la filósofa y escritora Andrea Mejía: «Podríamos además hacernos dignos si nos damos cuenta de que lo que hacemos no se detiene en nosotros, y en ese sentido no es solo asunto nuestro. Lo que hacemos o dejamos de hacer, el compromiso que siempre tenemos con el sufrimiento de otros, humanos y animales, nuestra dignidad y la de lo existente, es algo que, lejos de restringirse a una consciencia interior, se proyecta hacia afuera. Lo que hacemos, o eso de lo que nos abstenemos (hay toda una dignidad en abstenerse), brilla en la realidad. Queda inscrito para siempre en lo que fue, en lo que es real. No puede borrarse. Es una imagen que arrojamos o proyectamos como existentes. Lo que hacemos o dejamos de hacer

es importante justamente porque solo somos un fragmento perecedero, un canal por el que pasa la existencia, y no un final en el que todo cobra sentido y todo se justifica. Lo que hacemos o dejamos de hacer es importante porque nuestra propia existencia es una imagen de la existencia misma. En ese sentido, somos dignos, y nos hacemos además dignos o no de existir».

Durante un año largo me senté a hablar con mi madre, con su amiga de infancia y con algunos conocidos y amigos sobrevivientes de Armero para escribir un libro. Como lo dije allí, aún me faltaba entender la dimensión de una tragedia que nos sumió en la desesperanza en ese noviembre terrible de 1985. Estaba por finalizar la escritura y tras varias citas pospuestas logré verme con el doctor Gaitán. Durante dos horas no se detuvo. Comenzó a recordar y a elegir las palabras para recuperar algo de lo perdido. Su relato fue estremecedor. Desde entonces, cada vez que paso por la carretera que va de Mariquita a Armero y veo la ruina del hospital San Lorenzo puedo imaginar a un hombre solo, absolutamente solo, flotando en un océano de lodo. Entonces veo la dignidad. †





BRIGITTE BAPTISTE

Dignidad, pese a todo

ARROJÉ LAS PEPAS FERMENTADAS DE UNA GRANADILLA incomedible en un lote abandonado, escupiéndolas lejos, con la rabia de haber comprado una fruta mala, las ganas de regresar a la tienda a devolverla con un insulto, la frustración de un momento de ilusión truncada. En la basura, bajo el plástico sucio de las bolsas de caca de perro que los vecinos tiran, las botellas rotas y las ratas gordas, germinaron. Sin reparar en la porquería, surgió el verde y los zarcillos y la flor inmensa de la pasiflora se abrió sostenida en un alambre; produjo una granadilla. En el clima que no era, el ecosistema errado, la condición incierta, ahí la vi unos meses después, erguida, incólume, digna.

Es curioso, cuando menos, que haya una virtud abstracta tan relacionada con el movimiento como la dignidad.

Sin ella, no se puede caminar, no se puede levantar la frente, no se puede seguir adelante, ni siquiera mirar a los ojos. Uno no puede irse sin dignidad, aunque tampoco quedarse parado ahí, no más: hay que estar derechos. Nadie tiene dignidad suficiente para ser visitado por Jesús, dice un centurión en el relato de Mateo, cuando su criado enfermo no puede salir a buscar la curación, recordándonos que a duras penas reunimos el coraje cada mañana para mirarnos al espejo cuando sabemos que el mundo ha sido terrible con muchos y aún así podemos sonreír; nos ha ido bien. Pensamos si somos dignos de cada cosa buena que nos ha traído la vida, si hemos actuado cuando y donde deberíamos, si merecemos nuestra suerte así estemos seguros de haberla labrado con bien. Porque mucha de nuestra dignidad proviene del trabajo, del quehacer de cada día, de la carga y del cargo que asumimos, aunque no es más digno quien es presidente que quien no, ni quien porta un arma que una herramienta o un pincel, lo tenemos claro.

Construir una vida digna, por otra parte, solo requiere del acto de buscar sentido genuino a la existencia, algo que se da en el santuario de nuestro interior, con o sin ayunos o terapias, austeridad o abundancia, aunque a menudo dignidad y humildad van de la mano; pareciera paradójico, pues quien todo lo merece hace bien en declinarlo, con ser persona basta. El resto, el tinglado, los colores, la música, son fuegos artificiales, vienen por añadidura y entre más se

reclamen, más dudas hay de que nos añadan cualidades. Por ello despojar a otro de su dignidad es un acto infame, pues en ella reposamos como humanos, ella nos sustenta y nos alienta a ser partícipes del mundo, a recibir las caricias de los demás, apretar su mano, compartir el cuerpo sin temor, besar, gestar. Por ello también extendemos nuestra mirada a la Tierra, tan cosificada, convertida en mercadería, vulnerada su dignidad, pues no solo las personas sino la vida entera se levantan para preguntarnos de frente qué hemos hecho con ella, qué hacemos para merecerla.

Las pequeñas arañas de las esquinas de la casa, las yerbas que luchan en los resquicios de los andenes, los hongos que nos salvan de nuestros desperdicios guardan silencio cuando los barremos, los arrancamos, los esterilizamos... y plantas y animales, ríos y montañas nos miran y nos recuerdan que, de común acuerdo, tal vez podemos transformar la faz del planeta, pero asumiendo plena responsabilidad por hacerlo y con la certeza de que abriremos paso a sombrerazos como especie, aparentemente privilegiada, no garantiza nuestra persistencia: hay virus y bacterias, de los que provenimos, que habitan la Tierra hace miles de millones de años y nos retan desde su pequeñez a desdeñarlos...

Restituir la dignidad de la Tierra y los pueblos que la habitamos implica un ejercicio de introspección ecológica que nunca habíamos asumido, incluso del cual no habíamos sido muy conscientes en esta vorágine histórica que ha

representado el dominio territorial de los humanos: es el primer llamado de los acuerdos y organismos multilaterales, esa pequeña voz de sensatez que muchos desprecian y que es el preludio de una civilización global que funcione como un organismo colonial, donde el ego de la individualidad no entre en conflicto con la responsabilidad y el goce colectivo; tal vez una nueva fase en la evolución que potencie nuestro talento a partir de regenerar la vida en el planeta, hacernos merecedores de su generosidad. De ahí la urgencia de esa ética del cuidado de la casa común, de las conversaciones acerca de la Tierra como madre, del ecocentrismo que rechaza no la minería, no la tecnología, no el fuego ni las ciudades, sino el gesto arrogante y displicente de quien no repara en las consecuencias de sus actos. Los pueblos de cazadores miran a los ojos de sus presas y hablando con ellas y por ellas desde lo profundo de sus vínculos compartidos con la vida, las sacrifican y consumen con el gesto respetuoso de saberse emparentados, con el compromiso de compensar ese gesto con la protección de la selva, la sabana, la ciénaga. Porque la dignidad del pescador está en respetar la de sus peces, los del presente, los que habrán de venir si se hace merecedor de ellos.

La capacidad regenerativa de nuestra voluntad es, afortunadamente, la cualidad que puede transformar heridas en cicatrices significativas y una fuente de memoria llena de significados de la vida y la muerte compartidas. La deforestación

da paso a la construcción de nuevas selvas y el tiempo, solo el tiempo, permitirá que ellas se restablezcan con plenitud, nunca las mismas, pues llevarán inscritas tanto la violencia que las derribó al principio como el amor que les permitió retornar. Nunca incólumes, inexorablemente naturales, los territorios de lo humano, compartidos con el resto de la diversidad viva, se hacen dignos si en ellos es el respeto y el amor lo que los configura. Así habrán de crecer las ciudades del futuro: nacidas de un gran dolor, madurarán espléndidas si en ellas sus nuevos ciudadanos se ocupan de regenerar la vida que costó su construcción. Reconciliados, haremos que cada árbol cuente, cada ave que nos visita y cada gesto que la cualidad orgánica nos depare, nos permitan restituir el hábitat compartido. Nada nos impide hacer torres de cristal y acero, al fin y al cabo, cada especie construye sus colmenas, pero si el cristal y el acero borran de nuestro espíritu la complejidad de la diversidad que nos sustenta, habremos logrado anticipadamente que nuestro planeta se convierta en Marte, con sus colonias imaginarias y paradójicas buscando restituir una vida que sacrificamos en la Tierra para transformar, ¿o consumir?, otro planeta.

Merecer algo es la medida de la dignidad que se reconoce, proviene de la confianza conferida, de ahí que cualquier tarea que nos asignen nos alegra. ¿Qué mayor gozo infantil que ir a comprar por primera vez el pan a la esquina con la confianza de los papás? ¿Ir a la escuela, a la universidad,

con su apoyo? ¿Asumir una posición pública, la gerencia de algo, como invitación a desplegar el talento, las capacidades de cada quien, que siempre están a prueba y solo fructifican gracias a la generosidad de los demás? Aunque nada se necesita para que el solo hecho de existir nos dignifique, ni estudiar, ni alcanzar posiciones, ni tener el favor de otros: quien anda por las calles perdido en la oscuridad de las drogas no ha perdido un ápice de su dignidad, no así quien apropiándose de la confianza de otros hace indigno el uniforme y su mandato para maltratarle.

Vivir con dignidad es el acto fundamental que todos reclamamos para ser personas, arrebatarnos esa posibilidad pareciera imperdonable. Se trata de una desnudez hecha para privarnos del derecho mínimo a estar presentes, a representarnos con autonomía ante los demás y asumir la plenitud de la existencia: de ahí que toda discriminación nos esclaviza, al que la practica y al que la sufre. Restituir la dignidad robada, sin embargo, es un acto indispensable para reencontrarnos, para volver a la vida en el sentido pleno de la palabra. Porque nuestra pequeñez nos ha hecho sentir que la fatalidad también pareciera un reconocimiento, que ser vejados nos da un lugar o que el maltrato constituye hogar. La mujer abusada cree que ya no merece amor, el empleado acosado que su trabajo realmente vale poco, la comunidad desplazada que no tiene derecho a su territorio porque «el patrón» tiene las armas, que, si bien

nunca lo harán digno de nada, le otorgan un poder efectivo aunque efímero sobre sus vidas.

Levantarse de una violación, sobreponerse al matoneo, retornar a la tierra abandonada son actos que requieren superar el penoso sentimiento de haberlos merecido, un sentimiento instalado por los intereses de otros, por la codicia de otros, por la arrogancia de otros amparados en una pretensión de verdad que solo se identifica con su conveniencia, la señal más cruda de un acto inmoral que se pretende justificar en la biología, la tradición, el mandato religioso, el lenguaje y la educación. Porque reconocer la dignidad propia y la de los otros requiere ponerse en duda, ojalá de la mano gentil de alguien, para luego resurgir con la conciencia clara de que nada ni nadie nos la puede arrebatar, ni nada ni nadie la puede fingir, porque es la condición fundamental de la existencia humana. Una tarea pendiente en las escuelas, donde se insiste en definir los parámetros correctos de la existencia pasando a menudo por encima de la diversidad, del reconocimiento básico a que todos somos especiales, pero nadie es tan especial como para imponer su perspectiva.

«Tan digna... uishhh», es la respuesta callejera del macho indignado porque no se reparó en su piropo de mal gusto, la imposición de lo que considera un halago, pero en realidad es un mensaje requiriendo la disposición de la mujer

a sus apetitos. Tan digna, orgullosa, altiva, que desdeña la presencia ominosa de otro que cree estar en condiciones de superioridad y puede bajar la mirada y recorrer con ella el cuerpo para señalar su capacidad de consumirlo y además creer que el gesto merece gratitud. Tan digna que, por no responder, merece que le recuerden su lugar, a cualquier precio: el drama de las niñas y niños en la guerra, de las personas LGBTIQ, de las indígenas, las campesinas. Dignidad que no se empaña nunca, sin embargo, pues el uso de la fuerza en el sexo no solo indigna sino le quita toda dignidad a quien la ejerce; por eso es más complejo recuperar la del abusador, del violento, de quien ha causado el daño, la muerte. Volver a disfrutar de un privilegio que no otorga el pago de una condena, ni una indemnización, ni siquiera el perdón, requiere un acto de constricción genuino, capaz de restaurar la capacidad de mirar al frente de nuevo con la conciencia tranquila, algo que requiere ponerse en los zapatos de las víctimas, recrear su sufrimiento, hacer consciencia plena del dolor causado y actuar en consecuencia, algo que no se logra ni con la extrema generosidad de las víctimas; no está en su poder restituir la dignidad del victimario, solo el de su derecho a buscarla.

Al final, siempre existe el riesgo de falsificar la dignidad con palabras vanas, gestos simbólicos, actos cínicos que revictimizan. Ante ello, solo la búsqueda profunda de la verdad al interior de cada quien puede lograr que nos miremos

al espejo cada día, así sea de soslayo, para reconocer que hacemos el esfuerzo, pero que para merecernos dependemos de la generosidad de los otros. No como la granadilla, ahí, tan digna. †



PATRICIA NIETO

Los dignos

«El que degrada a otro me degrada,
Y todo lo que se dice o se hace vuelve a mí al fin.
A través de mí surge y surge la voluntad creadora, a través
de mí, el torrente y el índice.
Digo el primordial santo y seña, hago el signo de la
democracia,
¡Por Dios! No aceptaré nada que no sea ofrecido a los
demás en iguales condiciones».

Canto a mí mismo

WALT WHITMAN

CIENTOS DE PUNTOS ILUMINAN EL MAPA DE COLOMBIA POR el que viajo. Marcados sobre colinas, valles, lagunas, cañones, nevados, serranías, manglares, estrellas fluviales, selvas y desiertos, dibujan la topografía del majestuoso relieve que habitamos. Los señalo con la punta del lápiz y me acerco para leer. Los nombres evocan el asombro de los descubridores

o el reto que se impusieron quienes decidieron plantar allí su vida.

Aguazul, El Esfuerzo, Coloradas, Las Delicias, Pajarito, El Tigre, Solita, El Doncello, Cañón de Iglesias, Fraguas, El Aro, Bellavista, La Esperanza, Orobajo, Heliconia, El Nilo, Ovejas, Miraflores, Sabana, El Diviso... Si leo de corrido evoco la belleza del universo que cada uno de estos sustantivos abarca, si los recito lentamente me hago consciente de las huellas del terror que también contienen, y si los escribo a mano recuerdo los rostros de quienes, enfrentados al horror, rescataron la dignidad humana en vilo por la guerra.

Busco en mis libretas de reportera otros nombres y otras historias, ya no de ríos ni de montañas sino de las personas a quienes veo nítidamente en mis recuerdos cuando ojeo el mapa: hombres y mujeres que alguna vez, después de huir de lugares como los que acabo de mencionar, me recibieron en sus refugios, compartieron conmigo en sus mesas y me contaron de qué manera los hombres armados violentaron sus cuerpos y destruyeron sus casas. Me ocupaba entonces de denunciar los actos de quienes convertidos en amos de la guerra se comportaban como indignos, como aquellos en quienes se ha apagado la llama del respeto por los otros.

He conservado sus relatos como testimonios de las humillaciones ejercidas por combatientes de diferentes ejércitos

en contra de las personas inermes. Ahora los reviso para tratar de entrever algo más. Los reporteros estábamos ennegrecidos por la intensidad de las atrocidades. A mí, como a tantos, la guerra me encandiló con el fogueo de los fusiles y temo que no tuve la inteligencia para reconocer, en medio de la polvareda y el estruendo, los gestos de los dignos.

Al repasar los cuadernos acumulados durante veinte años descubro que, en medio de los relatos de la violencia más grotesca, los sobrevivientes nos dan luz al describir sus labores cotidianas en procura del respeto debido por ser parte de la humanidad; una familia que intenta conducirse desde hace siglos según la idea de que todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos.



Otilia Tuberquia se tomó el tiempo para preparar las mortajas, fabricar los ataúdes, velar durante una noche a los hombres que un grupo paramilitar asesinó en su vereda y enterrarlos antes de obedecer la orden de desalojo que le espetaron los asesinos. Carmen Úsuga le dio refugio a un soldado herido que, después de un combate con la guerrilla, llegó a su casa en la montaña en busca de auxilio; lo hizo pese a que muy cerca acampaba un bloque de la guerrilla del que era comandante su hermano, un hombre firme a la hora

de fusilar. Yolima Pérez caminó hasta lo más alto del cerro Pan de Azúcar para exigirle al comandante paramilitar que le devolviera a su hijo de catorce años raptado el día anterior. Esperó diez horas, unas a pleno sol y otras bajo la lluvia, hasta que el hombre escuchó la queja y se tapó la cara ante su llanto. Pedro Jifichiu ordenó a su extensa familia preparar yuca y mambe para varias semanas y salió con personas y animales hacia la profundidad de la selva. Tres meses fueron suficientes para que el grupo armado, que se instaló en las cercanías de su casa en las sabanas del río Caquetá, tomara otro rumbo al comprobar que Pedro, como se los había dicho, prefería dormir sin techo que convertirse en su sirviente.

* * *

Con Antún Ramos, sacerdote chocoano, me fue posible volver a conversar hoy. Él, que desde el año 2002 piensa en la masacre de los feligreses en su parroquia, se acerca al concepto de dignidad humana sin detenerse en los caminos encriptados de las discusiones actuales. Me habla desde la parroquia Niña María de Tutunendo, un paraje al que también llaman Río de Rosas, donde la naturaleza se descarga en lluvias abundantes. Si bien es reconocido por los sobrevivientes de Bellavista como su salvador, Antún se duele porque no logró impedir la tragedia.

Antes de conversar le leo su testimonio tal y como lo conservo en mis notas:

Abro los ojos después de un fuerte estallido y veo a mi pequeña iglesia convertida en teatro del horror. Cientos de personas que se protegían en el templo de los riesgos de un combate muy cruento entre guerrilleros y paramilitares, gritan sin control. Tardo un momento para entender qué es lo que ha pasado: un cilindro cargado con gas y dinamita cayó sobre la iglesia, la destruyó y mató a mujeres, niños y abuelos. Me tiemblan las piernas, pero no me puedo sentar; tengo sed y una gota de sangre me rueda por la frente; tengo miedo, pero no puedo decirle eso a nadie.

Con ayuda de algunos hombres traslado heridos a la casa de las monjas donde hay agua, agujas e hilo quirúrgico. Vuelvo a la iglesia para tratar de darle orden al caos. Convierto un trapo blanco en bandera y salgo por las calles del pueblo gritando «soy civil y en nombre de los heridos exijo que paren el fuego». No sé si los combatientes me escuchan; la verdad es que no creo que conozcan la dimensión del crimen que han cometido. Cargo a los heridos sobre mis hombros hasta el puerto y los embarco en una lancha bananera que yo mismo capitaneo. Los heridos, 119, impulsan el bote con la escasa fuerza de sus brazos porque no tenemos remos. En la mitad del río discuto con combatientes que quieren impedir que lleguemos al otro lado del Atrato donde hay un

hospital. Los insulto e impido que maten a un muchacho que va en el fondo de la panga.

Al día siguiente regreso para reconocer a los muertos y darles cristiana sepultura. Entonces descubro que Minelia Palomeque, la única persona que pasó la noche en Bellavista dando de beber agua sal a algunos moribundos y curando las heridas de otros que no iban a morir, también trató de ordenar el caos: dispuso amorosamente, según su juicio, las partes dispersas de los cuerpos. Los bendigo y comienzo la tarea más dura de todas: cavar una gran fosa para enterrar provisionalmente los cuerpos de setenta y nueve adultos y cuarenta y ocho niños que ya sufren los efectos del clima. También hablo a través de una cadena radial de alcance nacional para denunciar el atropello de los grupos armados, la irresponsabilidad del Ejército, el abandono del Estado. Pido ayuda humanitaria y presencia institucional en el menor tiempo posible. Cuando llegan los primeros civiles en nombre del Gobierno, les entrego la batuta y me encierro a llorar.

Tarda segundos en romper el silencio en el que se hundió nuestra charla después del recuento. «Estaba tomando agua», me dice antes de empezar a analizar sus palabras, un ejercicio parecido al de bucear en la expresión de la conciencia propia. A la manera de los profesores desgrana las ideas y las explica sin prisa. La dignidad del hombre, dice,

proviene del aliento divino de Dios que decidió crearlo a su imagen y semejanza y, además, dotarlo de libertad e inteligencia para que viviera bien en la tierra que ya le había preparado. Más tarde, sacrificó a su propio hijo, mandándolo a la tierra a morir clavado en una cruz, para redimir al hombre que había pecado al comer del árbol expresamente prohibido. Jesús reafirmó el origen divino de dignidad del hombre al salvarlo y le dejó un nuevo mandamiento: amar a Dios y amar al prójimo.

Antún pasa de la doctrina del amor, basada en el ejercicio responsable de la libertad y de la autonomía como camino para acercarse a Dios, al escenario de los conflictos que no se resuelven según la enseñanza de Jesús. Cuando el hombre violenta al hombre ofende a Dios y se ofende a sí mismo, y ya convertido en indigno puede someter, esclavizar, humillar, torturar y asesinar sin sentir culpa a quienes considera despreciables. Pero esos que estorban a sus fines no bajan la cerviz, aunque caminen agachados; en su interior se atiza un fuego que los impulsa a exigir respeto.

Así pasó cuando los sobrevivientes de la Segunda Guerra Mundial, testigos del asesinato de millones de personas condenadas por su lugar de origen, su fe o sus ideas, emergieron del silencio para declarar que había algo de lo que no podían ser despojados: la libertad interior. En este punto de la conversación, precisa Antún que entre las sagrada escrituras y la Declaración Universal de los Derechos Humanos no hay

discusión: todos los hombres nacen libres e iguales en dignidad y derechos. La diferencia está en que para el primer texto la dignidad le es dada al hombre desde el exterior por un ser divino y, para la segunda, la dignidad procede de la naturaleza del hombre mismo.

Como muchos sobrevivientes, Antún también intentó evitar el daño. Se levantó en contra de los poderes armados unos días antes de la masacre. Citó a los cinco comandantes paramilitares asentados en las zonas cercanas a Bellavista, acudieron armados con fusiles y escoltados, para decirles que no eran bienvenidos en el pueblo. Los esperó en compañía de los líderes sociales, que él define como grandes maestros de la dignidad, protegidos apenas con un papel en el que dejaban constancia de su decisión de no apoyar a ningún actor armado. Aunque no pudo evitar la tragedia, lo intentó y ese pequeño paso, ese esfuerzo enorme por poner límites, lo hizo sentir más digno que todo cuanto hizo frente a su iglesia en llamas. «Hay derrotas que tienen más dignidad que la victoria», concluye Antún simplificando un verso de Borges.

* * *

Betty Loaiza, maestra de escuela rural, responde a mi llamado con la generosidad de siempre. Podría decir que ella

es una de las sobrevivientes de San Carlos, Antioquia, un pueblo que entre 1998 y 2010 fue escenario de treinta y tres masacres en las que grupos paramilitares asesinaron a 219 personas. Desde su casa, donde acaba de terminar un novenario por los difuntos, reflexiona sobre el impacto de los gestos de dignidad que pese a surgir de necesidades individuales alcanzan un valor social insospechado.

Antes de conversar repasamos su testimonio:

Me enteré de que mi nombre estaba en la lista de personas para asesinar como a la media tarde; ya no comí más y tampoco dormí. Apenas amaneció me fui para el parque de El Jordán, el corregimiento donde yo trabajaba, con el ánimo de enfrentar al que me tenía en la mira. Entré en la casa que él usaba de cuartel y supe que caminaba detrás de mí porque pisaba duro y resoplaba. Me senté a esperar que me diera la cara. Mientras que él servía un café yo no podía controlar el temblor de todo mi cuerpo. Cuando por fin me miró, la sangre se me subió a la cara, y le dije:

«Oiga, ¿usted por qué me va a matar?»

«Yo no la voy a matar. ¿De dónde sacó usted eso?»

«No me diga mentirosa, no me enrede. Yo sé que usted me tiene apuntada en una lista. Entonces, dígame por qué me va a matar.»

«Pues sencillo, porque ustedes allá en esa escuela les dan clases a los hijos de los guerrilleros.»

«Nosotros les enseñamos a los niños de esta vereda, a los hijos de los mismos campesinos que ustedes conocen porque les quitan las cosechas.»

Él se quedó en silencio, me sostenía la mirada, respiraba agitado pero sus movimientos eran lentos. Se demoró revolviendo el café. Yo agarraba las patas de la silla con las manos para no caerme porque después de hablar volví a temblar. De pronto sacó un cuaderno del bolsillo, pasó las hojas, se detuvo en una y me la mostró. Lo que leí era mi sentencia de muerte y la de muchas personas más, la mayoría maestros como yo. De repente, cuando yo leía los cargos al pie de cada nombre, me arrebató el cuaderno e hizo el gesto de salir. Yo me le fui encima, lo agarré del brazo y lo senté: «Aquí no hemos terminado. Este cuaderno no se puede quedar en esta casa», le dije como dándole una orden. Entonces, se acomodó en la silla y con su calma arrancó la hoja donde estaba mi nombre y me la entregó.

Él siguió hablando, pero yo no me acuerdo bien de qué. Yo tenía en mi mano la condena a muerte de muchas personas y la mía también. Yo no sabía qué hacer con ella. De pronto empecé a arrancarle pedacitos a ese papel y me los fui comiendo de uno, de a poquito, de a uno. En un momento él dejó de hablar y se concentró en verme comer la hoja, me miró un rato y luego muy tranquilamente me dijo que me podía ir, pero que me vigilaría de día y de noche.

¿Por qué te comiste el papel, Betty?, le pregunto con la intención de sacarla de la narración y regresarla al punto de quiebre de la historia. La respuesta es directa: para salvar mi vida, dice. Cada vez que cuenta esta historia se le hace más precisa la máxima que movió su gesto y que es, a su juicio, el resguardo de la dignidad: mi vida me pertenece a mí, no a otra persona.

Para defender esa consigna salió en busca del comandante quien, con sus respuestas burdas y tramposas, la convirtió en protagonista de tres gestos memorables en los que invocó la dignidad propia y la de otras personas. Primero: lo encaró con una pregunta directa que él, hombre armado experto en disparar, respondió con una mentira. Segundo: la acusación que el tipo convirtió en prueba para condenarla a muerte —que sus alumnos eran hijos de guerrilleros— fue transformada por ella en un haz de luz para retratarlo como un tipo cruel capaz de denigrar a niños y de usarlos para justificar un crimen. Tercero: cuando ya no le alcanzaron las palabras, porque el miedo le ahogó la voz en el momento de máxima tensión, usó su cuerpo para destruir el documento. Al rasgar el papel y comerse los trozos donde estaban escritos los nombres de los que morirían, ella destruyó la orden material, venció simbólicamente al comandante y salvó a todos los allí inscritos.

Betty está segura de que el valor para hacer respetar su vida se lo dio Dios, pero piensa que la necesidad de hacerlo,

tan parecida al enfado o a la pasión, brotó de un lugar muy profundo dentro de su cuerpo. Tal vez de la naturaleza misma que es un algo tan ignoto y por esa razón tan difícil de nombrar. A Betty no le han alcanzado veinte años de ir y volver sobre la escena en la casa del comandante para concretar en palabras lo que significó. Salvó su vida y evitó que a sus alumnos y vecinos los asesinaran, pero sin duda hay más. «¿Qué pasó dentro usted, Betty?», le pregunto. «Se me prendió como una candela», me responde.

La consciencia de que esa llama ardía en su interior transformó a Betty, aunque nunca dejó su escuela rural. Allí mismo empezó a enseñar la dignidad con el ejemplo y con cátedra. Es cierto que ella viene con uno, me dice, como una marca de nacimiento. Pero advierte que si el hombre y la mujer no se hacen conscientes de su dignidad ella se puede debilitar, que si no se ejercitan en la defensa de la autonomía y la libertad corren el riesgo de convertirse en viles, que si no están alerta frente a quienes pretenden usurparles el derecho a elegir responsablemente un plan de vida pueden dejarse dominar.

Está escrito, me dice, que Colombia es un estado social de derecho fundado en el respeto de la dignidad humana. Esto quiere decir, apunto yo, que el Estado debe garantizar el derecho de las personas a la autonomía individual que no es otra cosa que elegir responsablemente un proyecto de vida, disponer de los recursos materiales para realizarlo y

no ser interferido en sus planes por tratos humillantes como la censura, la tortura o el asesinato. «Entonces, ¿la dignidad se puede enseñar, Betty?», le pregunto. «La Constitución Política de Colombia es la cartilla», me responde.

* * *

Rubén Alzate llevó a su casa al niño de cinco años que encontró escondido debajo del abrevadero. Lo cuidó como si fuera uno de sus hijos y lo mantuvo en secreto pues sabía que era el hijo de una guerrillera. Con un par de pistas imprecisas viajó más de 250 kilómetros en busca de la abuela del niño, una anciana que le agradeció diciendo: «Me devolviste las ganas de vivir». Fredy Ríos le preguntó al hombre que le apuntaba por qué lo iba a matar. El asesino no respondió. Fredy le preguntó cuál era su nombre y no respondió, entonces Fredy cerró los ojos y le recordó, a gritos, sus nombres completos y los apellidos de sus padres a quienes conocía desde la secundaria. Antes de disparar, y ante el estupor de los testigos, el asesino huyó. Rodrigo Pérez desobedeció la orden dictada por los paramilitares de no enterrar a los muertos en su caserío. Cuando encontró a un niño tirado sobre el pavimento, con el pecho abierto por una bala de fusil, lo envolvió en su camisa y lo escondió entre el follaje hasta el amanecer cuando vio oportuno llevarlo hasta el otro lado

del río donde estaba seguro de que alguien le daría sepultura. Amanda Uribe aprendió a escribir para testimoniar cómo los paramilitares asesinaron a su hijo en la puerta de su casa en Segovia. Narró vigilando los adjetivos pues quería compartir un dolor preciso, tan sincero que tuviera el poder de detener a quienes apretaban los gatillos.

* * *

A todas las personas que he redescubierto en este viaje singular por un mapa de cartón y un arrume de papeles las conocí cuando recién emergían de los campos asolados por el terror. Llevaban en sus cuerpos las marcas del sufrimiento y se esforzaban por contar los pormenores de su drama como si supieran que en cualquier momento la fatalidad regresaría para enmudecerlos. El conflicto armado había alcanzado la dimensión de una guerra atroz y ellos ofrecían su voz para dejar constancia de lo sucedido, para darle sentido a su esfuerzo por vivir.

No puedo conocer las reflexiones particulares de Otilia, Carmen, Yolima, Pedro, Rubén, Fredy, Rodrigo y Amanda acerca de la dignidad humana en favor de la que actuaron. Entrar en ese ámbito, que a mí se me presenta como el jardín interior que cada quien riega a su manera, requiere que el entendimiento entre las personas brote a partir del respeto

en la conversación. Y las nuestras, las mías con Otilia, Carmen, Yolima, Pedro, Rúben, Fredy, Rodrigo y Amanda, se suspendieron cuando cada uno se vio forzado a buscar un nuevo lugar para vivir, lejos del control implacable de los grupos armados, porque una nueva hojarasca de la guerra los arrastró.

En algún lugar de Colombia, donde hoy miles de personas dedican sus horas a trabajar para que la paz sea su forma de vivir, estarán contando sus historias porque ellos, los dignos, son los grandes luchadores sobre este paisaje. Tal vez un día, a la sarta de nombres evocadores de la belleza estremecida por la crueldad de la guerra se sumen las voces de quienes, desde el sufrimiento, nos recuerdan que en su cosmos interior gravita un gran planeta que los hace únicos. Ojalá que un día pueda emprender un viaje por el mapa de Colombia en que la guía sea una nueva topografía iluminada por las voces de los dignos, aquellos que ya saben quiénes son y cultivan lo mejor de sí en su interior, pues sus biografías son nuestros puentes más seguros hacia la verdad. †

Autores

01. JUAN DAVID **CORREA**

Bogotá. Escritor. Fue columnista literario de *El Espectador* y de la edición colombiana de la revista *Esquire*. Trabajó en diversos medios como periodista y editor, entre los que se encuentran *Cromos* y *Semana*. Exdirector cultural de la FILBo y de la revista *Arcadia*. Es socio fundador de la editorial colombiana El Peregrino Ediciones y actualmente es el director literario de Editorial Planeta Colombia.

02. BRIGITTE **BAPTISTE**

Bogotá. Bióloga experta en temas ambientales y biodiversidad. Fue directora del Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt y actualmente se desempeña como rectora de la Universidad Ean. Además es columnista en el periódico económico *La República*.

03. PATRICIA **NIETO**

Sonsón, Antioquia. Periodista. Es doctora en comunicación de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina, y tiene una maestría en Ciencia Política de la Universidad de Antioquia. Hace parte del grupo Nuevos Cronistas de Indias. Ha sido guionista de documentales y profesora de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Antioquia.